

**N** PREMIO  
NADAL  
2015

 **José C. Vales**  
Cabaret Biarritz



**DESTINO**

# I

## M. Léonard Montagnard

De *La Petite Gironde*, Burdeos<sup>11</sup>

Los periodistas, los sepultureros y los gusanos somos los únicos que sacamos provecho de los muertos. Y en aquella época, a mí los muertos me venían muy bien, qué quiere que le diga. Una cosa le puedo asegurar: los periodistas sabemos mucho de muertos. No todos los muertos son iguales, aunque los poetas hablen de la igualdad de todos los hombres en la muerte y esas tonterías. Blablablablablá... No es lo mismo un muerto común, digamos, por pulmonía o por la gripe española, que un muerto al que le han rebanado el cuello con un corvillo; del mismo modo que no es lo mismo un muerto en los caminos de Auvernia que en un palacio de París. Para nosotros, los muertos valen también lo que valieron en vida: un rey nos da (al sepulturero y a mí) más dinero que un mendigo. Y si me apura, también los ricos proporcionan más alimento a los gusanos: al respecto, un orondo y opulento potentado no tiene comparación con un miserable famélico. Esa his-

11. *La Petite Gironde* era el periódico más importante del suroeste de Francia y gozaba de una larga trayectoria histórica que se remontaba a su fundación en 1872. Propiedad de la familia Chapon-Gounouilh, a lo largo de su andadura colaboraron en sus páginas firmas de enorme prestigio, como Bénac, Bauër o Maurois. (*Todas las notas son del traductor, salvo cuando se indica*).

toria repetida de que la muerte iguala a todos los hombres es... un cuento para espíritus cristianos. Un muerto ilustre, qué sé yo, como Goethe o Napoleón o Mozart o el apóstol Santiago, por ejemplo, sigue proporcionando dividendos a periódicos, editoriales, librerías, revistas, y las ciudades donde están enterrados naturalmente obtienen sustanciosos beneficios de los turistas y los visitantes que acuden a sus túmulos como devotos peregrinos. La gente habla de los muertos como si nada, sin embargo... Piensan que son ceniza, y nada más; pregúnteles a los impresores de París si Victor Hugo no es más que cenizas. Por otro lado, también es muy importante la forma de morir: porque el muerto puede ser un mendigo, o una prostituta, pero si mueren en su cama... ¿a quién le importa, sino al arrendatario que se ha quedado sin los diez francos semanales del alquiler? Sin embargo, si aparecen con las tripas fuera y se desconoce la identidad del asesino... la cosa tiene más interés. Y más interés significa más venta. Y más venta significa más felicidad. Por eso los muertos me venían muy bien.

Pero supongo que no le interesarán mucho mis teorías sobre los muertos. Aún tengo otra. ¿Quiere escucharla? Pues tengo para mí que los muertos huelen peor cuanto más infames hayan sido sus vidas. ¿Por qué cree que los santos huelen a flores cuando se mueren? Bueno, eso está en todos los libros: estúdielo usted, si no me cree. En muchas abadías y en monasterios de hombres píos, cuando por cualquier circunstancia han tenido que abrir las fosas de los santos varones que allí se habían enterrado, se han constatado vaharadas de perfumadas esencias, como de rosas y jazmines; y se

asegura que los enterradores y sepultureros a veces se han desmayado debido a la santidad que desprenden esos vapores. Precisamente tenía yo un libro por aquí que contaba todo eso con mucha eficacia... ¿No le interesa? Bueno, si no le interesa...

¿Y qué le interesa, entonces? Ah, sí... *eso*. Ya. Hum...

Le puedo decir que en aquella época yo era jefe de sección en *La Petite Gironde*, y como no sólo vendíamos el periódico en Burdeos, sino que lo distribuíamos por todo el sur, hasta Marsella, yo me ocupaba de buscar las noticias más interesantes de la región de la Gironde, de las Landas, de Gers y otros departamentos. Teníamos librerías, quioscos y franquicias en casi todas las ciudades de importancia del sur: en aquella época *La Petite Gironde* era un diario de primera categoría, ¿sabe usted? Como todos los periódicos de la época, nosotros dedicábamos mucho espacio a las nuevas modas políticas de Italia y Alemania, y a las hambrunas rusas, y todo aquello, pero a la gente le interesaban más las aventuras y las expediciones, como la de aquel inglés que quiso subir el Everest, o las aventuras en Egipto o... Sí, en aquel entonces se llevaba mucho la cosa egipcia. Pero, en fin, un periódico regional como el nuestro tenía también la obligación de ocuparse de las pequeñas historias de nuestros pueblos. A la gente de provincias le interesa saber quién se muere. No es como en París, donde tanto da que se muera uno u otro. En provincias es importante. Lo de los muertos, digo.

Un caso aparte era Biarritz, claro. Durante el verano, Biarritz era el centro del mundo. El señor Fores-

tier, que era el subdirector del periódico y tenía úlcera de estómago, siempre parecía nervioso y angustiado por todo lo que ocurría en Biarritz. Había que averiguar si había llegado alguien de importancia al Hôtel du Palais o al Hôtel d'Angleterre, si se había visto a alguna beata española en Sainte Eugénie, si algún conde polaco se había arruinado en el casino de Bellevue o si se le había visto algo más que las pantorrillas a alguna desvergonzada y noble parisina en la Grande Plage. Todos los días, después de que yo le presentara las noticias y los breves del Tarn o de Aveyron, el señor Forestier me preguntaba: «¿Algo nuevo por Biarritz?».

Hubiera o no algo nuevo por Biarritz, rara vez podíamos anunciarlo, porque aunque llegara al Hôtel du Palais un vizconde ruso o un *sire* escocés o una *contessa* italiana, sus nombres eran tan largos y tan incómodos que el linotipista siempre se enfurecía, gritaba y pataleaba, y se negaba a componer aquellas retahílas atestadas de tes, eses, uves dobles, erres y zetas. Odiaba sobre todo el alemán y aseguraba que los austrohúngaros y los prusianos habían perdido la Gran Guerra porque eran incapaces de entenderse en esa endemoniada lengua. Un linotipista irritado es un horror.

A nuestros lectores, en cualquier caso, les interesaban menos los acontecimientos sociales y más los crímenes. Pocas cosas excitan tanto la curiosidad y las emociones como los asesinatos, los suicidios, las largas enfermedades, la miseria con horrible final, las grandes epopeyas de la desgracia, la apoteosis funeraria... Todos los periódicos de aquella época —y de la nuestra— recorrían los caminos de Francia como sabuesos

buscando una pasión criminal, un degüello amoroso, una envidia asesina, un rencor homicida, un suicidio heroico... Había por aquel entonces una ley no escrita, según la cual los periódicos debíamos ofrecer ese tipo de noticias a modo de folletín, de modo que las historias se alargaran durante el verano, durante las fiestas navideñas, a lo largo de varias semanas... Naturalmente, los crímenes más interesantes, con sus respectivas investigaciones, los dejábamos para el verano. A nuestros lectores les gustaba disfrutar del periódico en casa o en el café, por la mañana o por la tarde, y entretenerse con esos largos relatos truculentos, en los que se describían los rasgos perniciosos de algún asesino, las histerias de alguna loca, las infames sarracinas de algún carnicero, de alguna monja celosa, de algún sepulturero engañado, de alguna condesa que ejerce la prostitución nocturna y recibe al primer ministro por la mañana...

Es curioso, señor Miet: por alguna razón, la muerte nos obliga a lloriquear y a hacer aspavientos, y a darnos golpes en el pecho y embadurnarnos la frente y la cabeza con ceniza... como si no supiéramos que la muerte es lo que ocurre siempre. La gente se muere, mi querido amigo. Y siempre se ha muerto: no debería sorprendernos. La gente tiene la costumbre de morir desde tiempos inmemoriales: una costumbre ancestral. Y, sin embargo, nos conmueve hasta derrumbarnos y nos atrae en los periódicos y en los libros, y nos obliga a leer los obituarios, y a indagar en todos los aspectos luctuosos de esos episodios mortuorios, y a asistir emocionados a los espectáculos fúnebres...



Por eso, cuando supe que había ocurrido *todo aquello*, pensé que el suicidio de aquella muchacha podía ser mi salvación. Aquel año los carniceros sanguinarios habían estado perezosos y no habían ejercido su violencia más que con las chuletas de vaca, los sepultureros engañados habían hecho la vista gorda, las monjas histéricas se llevaban bien con sus hermanas y las condesas de doble vida habían ahorrado lo suficiente como para no entregarse a peligrosos vicios nocturnos. De modo que una joven suicida me permitía imaginar oscuros laberintos que, a su vez, despertarían el gusanillo de la intriga y la curiosidad en los lectores estivales. Con un poco de suerte, la muchacha habría sido seducida por un conde ruso (o aún mejor, un sacerdote ortodoxo ruso) y, al comprender que dicha relación estaba condenada al fracaso, a la vergüenza o a la desesperación, se habría arrojado por los acantilados de Biarritz. Así que *todo aquello* me permitiría tener en vilo a los lectores durante al menos dos semanas.

Sí, claro... naturalmente. Le contaré lo que recuerdo.

*Todo aquello...* Sí, todo aquello ocurrió el verano de 1925. La cosa empezó con un desgraciado accidente... una bañista inglesa se había visto arrastrada por la corriente y su acompañante, un inglés, y un miembro de la Société des Guides Baigneurs se ahogaron intentando salvarla. El guía se llamaba Paul Fouquet o Fourquet. Y yo diría que eso ocurrió hacia el 23 o 24 de julio. (Siempre hay ahogados en Biarritz. Malas corrientes. Imprudentes. Turistas. Hum). Me llamó Vilko desde Biarritz y me lo cont ; le pedí que me hiciera un breve y me lo enviara en el correo de la tarde. Luego yo mismo lo adorn  un poco aquí, y procur  que la no-

ticia quedara patética y aterradora, aunque con poco éxito. Los ahogados no tienen buena fama, como los suicidas. ¿Ha leído usted los trabajos del señor Halbwachs? Muy interesantes.<sup>12</sup>

Y resultó que dos o tres días después, no recuerdo bien —pero podrá encontrar usted la fecha precisa sin dificultad, porque los periódicos hicieron puntualmente sus crónicas y relataron el caso por extenso... y a veces con excesivo detalle, para el gusto de los espíritus más sensibles—, me volvió a llamar Vilko.

Vilko. ¿No le he dicho quién era Vilko?

Oh.

Vilko era el seudónimo de Paul Villequeau. Era un joven al que yo apreciaba muy sinceramente: escribía artículos de vez en cuando para *La Nouvelle Gazette Illustrée de Biarritz*, pero éste, como los otros cuatro o cinco periódicos de la villa, apenas era más que una hoja mal impresa con los horarios de los trenes de la Gare du Midi y las misas de Sainte Eugénie. La cabecera del periódico era tan larga que ocupaba casi la mitad de la primera plana, y eso les venía muy bien, porque casi nunca tenían nada nuevo que contar. El caso es que al joven Vilko aquellas colaboraciones apenas le daban para comer; de modo que si había alguna noticia de importancia en la villa, Vilko me llamaba con la esperanza de que yo le encargara redactar un breve, lo cual, por otra parte, solía ocurrir. Me gustaba ese muchacho porque explicaba muy bien y con mucha precisión cómo se moría la gente y, al mismo tiempo, era

12. Maurice Halbwachs (1877-1945); seguramente se refiere a *Les causes du suicide*. Alcan, París, 1930. La entrevista al viejo periodista, según las anotaciones de Georges Miet, se celebró en noviembre de 1938.



brillante en la descripción de los esplendores y elegancias de Biarritz. ¿No le parece curioso? Es como si Caravaggio, especialista en pintar cadáveres tumefactos, contara al mismo tiempo con la habilidad de Boucher o Fragonard y sus finezas rococós. Pero... bueno, el talento recae de manera aleatoria y caótica sobre los periodistas, y Vilko tenía esa particularidad.

Pues bien, le decía a usted que recuerdo perfectamente la llamada de Vilko. Creo que no eran aún las diez de la mañana. La conferencia era un espanto: su voz sonaba como si en el auricular hubiera un insecto aterrizado y enloquecido: «¡En el puerto, señor Montagnard, en el puerto!». Entre chasquidos y chisporroteos, pude adivinar que algo espantoso había ocurrido en el pequeño puerto de pescadores de Biarritz, aunque el pobre Vilko parecía incapaz de decírmelo de una vez. «¡Se la han comido los peces!», le oí gritar al otro lado del auricular. «¿Qué ha ocurrido, Vilko? ¿Me oyes...? ¿Qué ha ocurrido?». Tras una nueva tanda de chisporroteos y zumbidos metálicos, oí la voz temblorosa de mi corresponsal, explicándome lo acontecido: «La muchacha de la librería Operclaritz. Desapareció antes de la galerna. Y esta mañana la han encontrado los pescadores, en el puerto. ¡Muerta!».

¿Le he dicho ya que a mí los muertos me venían muy bien? Ya. Bueno, no importa. Le dije a Vilko: «Ocúpate tú. Al precio de siempre: veinte francos; veinticinco, si puedo. Quiero un breve con el correo de la tarde».

La cosa no era tan sencilla como mi corresponsal me había explicado a través del teléfono, en realidad.

La muchacha de la librería Operclaritz se llamaba Aitzane Palefroi y tenía dieciséis años. Efectivamente, había desaparecido dos días antes, o quizá tres, justo antes de una inesperada y espantosa galerna estival; los marineros la encontraron colgando de una de las argollas que utilizan para sujetar las barcas en una dársena del puerto. Por azares del destino —o de la meteorología marítima—, alguna ola la lanzó por encima de los muros del pequeño puerto de pescadores, al parecer, o la arrastró por su embocadura, y en medio de la violentísima tormenta, un pie de la muchacha fue a introducirse por la argolla, donde quedó sujeta y colgando como una muñeca, desnuda y desvencijada. La primera impresión de Vilko fue que tenía la cara comida por los peces, pero tal vez se hubiera despellejado al golpearse con las rocas de la costa o con los muros del puerto. Eso no se podía saber.

Tal y como le había pedido, Vilko me envió el breve con el correo vespertino. Tendrá que buscarlo en alguna biblioteca o en los archivos de *La Petite Gironde*, porque yo no lo tengo.<sup>13</sup>

Aquella noche, después de dejar compuesto el periódico, regresé a casa pensando en los grandes beneficios que rinden las tragedias: el dolor y la muerte de unos es la felicidad y la supervivencia de otros... Recuerdo que, como siempre en estos casos, en mi pecho

13. El breve aparecido en el periódico del 29 de julio de 1925 decía: «Ayer día 28 de julio los pescadores del puerto de Biarritz encontraron el cuerpo cadáver de una joven desaparecida tres días antes en la villa. La joven, de nombre Aitzane Palefroi, tenía dieciséis años y era aprendiz en la librería Operclaritz; apareció desnuda, ahogada y completamente muerta, colgada por un pie en un amarradero de hierro en el dicho puerto. Se ignora en qué circunstancias pudo caer al agua. Vilko-Biarritz».

se entremezclaba la alegría de una perspectiva periodística halagüeña con la visión de aquella canéfora suicida, Aitzane Palefroi, de dieciséis años, desnuda y desvenjada, colgada como una muñeca abandonada de una argolla del puerto de Biarritz.

A la mañana siguiente —tras ciertos presagios oníricos que me advirtieron que la historia de la suicida de Biarritz «tenía folletín»— ordené que hicieran llamar a Marcel Galet, nuestro fotógrafo, y le encomendé la tarea de viajar a Biarritz y fotografiar todo lo que pudiera fotografiarse en relación con el caso de la aprendiz de la librería Operclaritz. Le dije que se pusiera en contacto con Vilko y que trabajaran en el asunto de la muchacha del puerto. Como no le gustaba mucho viajar, tuve que prometerle más dinero del aconsejable y hablé con el gerente para que reservara una partida con el fin de seguir «el caso de la suicida de Biarritz»: tenía para mí que aquellos desvelos nocturnos eran una suerte de señal o indicio de fortuna periodística. Estaba persuadido de que Aitzane Palefroi, de dieciséis años, que apareció colgada de una argolla en el puerto de Biarritz, me proporcionaría más lectores que cien carniceros, monjas, sepultureros y condesas pervertidas.

¿Le he dicho ya que a mí los muertos me venían muy bien?<sup>14</sup>

14. Al final de esta entrevista, Georges Miet escribió: «Muchas cosas permanecen y permanecerán durante largo tiempo ignoradas». No se ha podido precisar con exactitud si estas palabras fueron pronunciadas por el señor Montagnard o se trata de una idea personal de Miet o es una cita extraída de algún texto ajeno. El librero Jacques-Julian, de La Catastrophique, que fue consultado a última hora, asegura que se trata de una cita de Darwin, pero, por falta de tiempo, no ha sido posible confirmarlo.

# 3

## Martine T.

### Servicio doméstico<sup>18</sup>

A mí no me gusta hablar de los demás.

Cada cual tiene sus particularidades y sus circunstancias, y no es cosa de andar de un lado para otro haciendo recados de rumores y maledicencias. Las criadas y, en general, los que vivimos en el piso de abajo nunca acabaríamos nuestras labores si anduviéramos gastando saliva en decir esto o aquello de nuestros patrones, por muy buenos o malos que fueran. No: a mí no me gusta hablar de los demás, y menos aún de aquellos que me han dado de comer. En este mundo cada uno tiene su lugar: y las criadas estamos en los fogones y con la cofia, del mismo modo que las gaviotas están en el puerto y en los farallones. ¿Ha visto usted alguna gaviota limpiando la plata? ¿Ha conocido usted a alguna cocinera o a alguna camarera comiendo arenques en los acantilados? Pues no. Naturalmente. Ésa sí que es la verdadera ley natural, y no lo que dice

18. Miet anotó en el margen la fecha y la hora a la que había convenido la entrevista con Martine T. (14 de marzo de 1941, a las cinco de la tarde). Por tanto, habían transcurrido quince años desde que tuvieron lugar los hechos y la propia Martine tenía ya más de treinta años cuando habló con Miet. En una anotación posterior, al final de la entrevista, el escritor garabateó Tourneur o Tourreur en un lateral; es muy posible que éste fuera el apellido de Martine, aunque de ningún modo puede considerarse definitivo o seguro.

ese señor inglés de los monos. En este mundo cada cual tiene su lugar, y ha de conformarse con él, porque de lo contrario el mundo entero sería bolchevique, o ruso, o incluso algo peor, aunque no se me ocurre que pueda haber nada peor en esta vida que cocineras y gaviotas bolcheviques.

Le repito que a mí no me gusta hablar de los demás, pero si tuviera que hacerlo, no saldrían de mi boca más que buenas palabras. Gracias a Dios, eso sí que puedo decirlo con orgullo, siempre he tenido patrones buenos, compasivos y generosos... salvo tal vez aquel viejo avariento y asqueroso de la calle Peyrolubie, el señor Voulle-Picard, que salía por las noches a rebuscar en la basura de Les Halles y quería que yo cocinara aquellos restos que traía a casa, con bichos y gusanos y barro; y me amenazaba y me llamaba ingrata porque yo no quería comer lo mismo que él. Y todas mis señoras han sido cariñosísimas y amabilísimas conmigo, y muy decentes... en general, salvo aquella inglesa indeseable que se las daba de mojigata, y que le hacía pucheros a su marido, que era lord, o sir, o algo así, y resultaba que cuando él se iba al casino, recibía en casa a un español que se peinaba como Rodolfo Valentino y... y ahí se acababa todo el parecido. Puedo hablar con seguridad de eso porque la señora me tenía encomendada la tarea de abrirle la puerta trasera del patio a aquel Rodolfo Valentino de saldo, y que lo hiciera subir por la escalera del servicio... Pero, en fin, éstos no cuentan.

Usted quiere que yo le hable del señor Villequeau y yo le digo que a una servidora no le gusta hablar de los demás, aunque, bien pensado, si es para hablar

bien, más virtud que pecado será... Le diré cuatro cosas de nada y así cumpliré con mi reputación y su curiosidad.

El caso: que yo entré en casa del pobre señor Villequeau aquel invierno. En enero, después de cumplirse el año de 1924, entré en casa del señor Villequeau... ¿Sabe usted que lo llamaban Vilko? Porque él era escritor, ¿sabe?, un escritor muy bueno, y con mucho talento; y entonces, como era escritor, se puso ese sobrenombre de Vilko, igual que otros escritores, como Aimard, o Valoris o Collodi o Montépin.<sup>19</sup> Y estoy segura de que podría haber escrito novelas tan buenas como las de la señora Corelli si hubiera tenido un poco de fortuna.

El caso: que la señora Prie y yo entramos juntas en casa del señor Villequeau; la señora Prie entraba de cocinera, y yo, que tenía quince años, de doncella, y camarera, y eso. El señor Villequeau se había casado un año antes, pero no había podido coger casa hasta ese momento porque él no tenía mucho dinero y su suegro prefería contribuir más a la felicidad del banquero que a la de su hija y su yerno. Alquilaron una casa pequeña en Sentier des Corsaires, cerca del Puerto Viejo, y aprovecharon la circunstancia de que era un callejón empinado, estrecho y torcido para convencernos de que por allí no podían meter el gran piano de cola de la señora. La casa tenía dos pisos y el principal, además de los sótanos, donde vivíamos y

19. Aunque el avisado lector no precise mayores aclaraciones, puede apuntarse que Xavier de Montépin no era un seudónimo, aunque sí lo eran Gustave Aimard, Maxime Valoris y Claudio Collodi, que correspondían respectivamente a Oliver Gloux (1818-1883), Maurice Jogand (1850-1917) y Carlo Lorenzini (1826-1890).



trabajábamos la señora Prie y yo. En el segundo piso era donde tenía el despacho el señor Villequeau, con todos sus libros y todos sus periódicos. El señor Villequeau, a pesar de su juventud, era un hombre cultísimo, aunque un poco *vanguardista* para mi gusto, porque creía en los microbios, en la vitamina D y en la radio; también le gustaba ir al cine y, aunque sólo tenía una bicicleta, cuando se enojaba (cosa que ocurría en muy escasas ocasiones), amenazaba con comprarse un automóvil y «desaparecer tan rápido como Houdini».

El caso: que desde el principio vimos la señora Prie y yo que en aquel matrimonio había rincones que no se aireaban y que hedían a sacristía. Resultó que la señora Chloé Villequeau, que era una joven muy hermosa, aunque de mirada lánguida y de temperamento nervioso, a mi juicio, había hecho votos particulares de castidad en Cambo, de donde era su familia. ¿Pero cómo puede ser eso? ¿Y ha tenido el valor de casarse?, nos dijimos la señora Prie y yo en la cocina, espantadas ante semejante engaño. Por averiguaciones, y por algunos indicios que dejaba caer al acaso la mismísima señora Villequeau, supimos que el señor no sabía nada de esos votos cuando contrajo matrimonio. Según Françoisette, la criada de *mademoiselle* Bellay, el señor Villequeau podía presentarse en Sainte Eugénie o en el registro del ayuntamiento, y decir que su matrimonio no valía nada, porque la señora Chloé no quería saber nada de sus obligaciones y... (Apunte usted ahí que yo por aquella época, con quince años, no sabía nada de obligaciones matrimoniales, pero como la cocinera y Françoisette, la criada de *mademoiselle*

Bellay, hablaban de «obligaciones»... Por eso lo digo). Pero, en fin, el caso es que el pobre señor Vilko no fue ni a la iglesia ni al ayuntamiento, bien fuera porque no quería ponerse en evidencia, o porque le diera vergüenza, o... Así que se conformó con una convivencia «en galante compañía», como se dice, y aprovechando que no podía dedicar su tiempo a su esposa, se lo dedicó a los libros. Puede que el señor Villequeau quisiera de verdad a su mujer, y no deseara hacerla pasar por la vergüenza de un repudio o un divorcio, o alguna de esas cosas espantosas de París.

Al poco, tal vez en marzo o en abril, empezó a frecuentar la casa un abate que a mí me pareció entonces muy viejo, pero puede que no tuviera más de cuarenta años. En la casa todos lo llamábamos «el abate de Cambo», porque venía de allí. Al parecer, la señora Chloé hizo sus votos ante aquel clérigo, pero yo no recuerdo ahora si era franciscano, o jesuita, o benedictino, o de qué regla..., ni creo que llegara a saberlo nunca. El caso es que cuando llegaba el abate de Cambo, el señor Vilko cogía el sombrero y se iba, aunque estuviera diluviando y corrieran ríos de agua por la calle Mazagran y se viera la espuma de las olas desde la plaza de la Liberté al romper contra las rocas. El pobre señor Vilko se ponía enfermo en cuanto olía la pestilencia a sepulcro que desprendía aquel abate de Cambo. La señora Chloé ordenaba que subiéramos al salón chocolate y pastas, y ella se ponía muy nerviosa (aunque ya le digo que me parece a mí que era de ese carácter un poco histérico), y bajaba enseguida con la Biblia o con un misal o con... bueno, con un libro negro como la pez, y se sentaba en el diván muy formal,

y con la cara compungida. No creo que el abate de Cambo y la señora hicieran nunca nada reprobable, entiéndame, porque siempre dejaban la puerta del saloncito abierta, y cuando yo pedía permiso para entrar con el chocolate o con el café, o lo que se me hubiera pedido, el abate de Cambo no cambiaba de conversación, ni se quedaba callado, ni ahuyentaba la mirada. Siempre que me detuve a escuchar con atención para ver qué decía, aquel don Ataúd hablaba de la virtud de las mujeres, y andaba constantemente de un lado para otro con Ruth, y María Magdalena, y Salomé, y Judith, y Sara, y Jezabel, y Esther, y para él unas eran santas y divinas, y las otras unas prostitutas de Babilonia.

El caso: pronto descubrí por qué la señora Chloé enfermaba y se veía obligada a guardar cama durante dos o tres días después de cada visita del abate de Cambo. Un día que se encontraba... No debería entrar en estos detalles, tal vez [...].<sup>20</sup> [...] y como estaba tan encogida todo el mundo pensaba que tenía reumatismo, y algunas señoras que la visitaban le decían que no debería pasar los inviernos en Biarritz, porque son muy húmedos, y llueve ocho días a la semana, y es imposible que una persona con reumatismo y angustia de huesos pueda curarse con un tiempo tan malo. La señora Chloé no negaba que aquello fuera reumatismo, aunque siempre prefería dejar para «otro momento» las conversaciones sobre los remedios óseos y las cataplasmas reumáticas.

20. Aquí, tres renglones tachados e ilegibles en el original. En el segundo renglón parece adivinarse la frase: «No vayan a pensar de mí que soy una miserable».

El caso: un día estaba tan dolorida y tan encogida que me pidió que la ayudara a ir al baño, pues no se sentía con fuerzas para bajar las escaleras. Tenía muy mala cara, a pesar de lo hermosa que era, que parecía una Magdalena con el pelo tan largo y rizado (porque lo llevaba *à la préraphaélite* y nunca se lo cortó a la moda), y estaba muy pálida y me parecía que sufría mucho. Cuando le preparé el baño con agua caliente, me dijo que podía irme, como siempre, pues nunca me pidió que le frotara la espalda con una toalla ni me reclamó para menesteres semejantes, como han hecho otras señoras menos pudorosas. Pero al girarme para cerrar la puerta y bajar a mis asuntos, vi cómo se deslizaba por su palidísima piel aquel batín con motivos japoneses, tan blanco y tan rojo, y pude ver la espalda de la señora Chloé Villequeau. A principio creí que eran las sombras de su pelo, pues se anudaba la larguísima melena rizada en la nuca, y el cabello le caía como en torbellinos negros y brillantes por la espalda; pero tardé... —¿qué diré yo?, ¿medio instante?— en cerrar la puerta, y vi que aquello no eran sombras, sino unas profundas heridas que le cruzaban de parte a parte la espalda. Tales eran las cicatrices y las heridas que yo, a mis pocos años, me encogí como si yo misma sintiera la carne viva de aquellas espantosas magulladuras. Bajé compungida y con lágrimas en los ojos a la cocina, pero no le dije nada a la señora Prie, porque yo siempre he sido muy discreta, como tengo a gala y ya le he dicho a usted.

El caso: sabiendo que no eran los huesos ni los reumas los que mortificaban a mi señora, me propuse confirmar primero si aquello que yo había visto eran

heridas, como de latigazos o correazos, o cosa semejante; lo segundo, saber si el señor Villequeau era el responsable de aquellas desolladuras (cosa que me parecía a mí inimaginable de todo punto); y tercero, resolver el caso ayudando a mi señora del mejor modo que pudiera. Porque una cosa pensaba yo a mis quince años, y era que mal estaba que la señora Chloé no quisiera cumplir con su marido en las cosas matrimoniales (fuera lo que fuera lo que aquello significara), y otra cosa bien distinta que el señor azotara a la pobre señora hasta abrirle aquellas horribles mataduras carniceras.

Una noche, al ir a peinar a la señora, abrí un poco el cuello del camisón como si lo hiciera sin querer, y comprobé que una de aquellas espantosas cicatrices le subía por la espalda y le llegaba hasta el cuello. «Señora, tiene aquí una pequeña herida...», le dije yo, como sin darle importancia. «Le voy a poner un poco de *liqueur* de Dakin, y se la lavaré y se la curaré un poco». Ella protestó, ¿sabe usted?, como si no quisiera que yo me inmiscuara... como si no quisiera que yo metiera la nariz en sus asuntos, y me decía: «Noesnadanoesnada», y se cubría la herida con el pelo. Pero yo no le hice caso, y bajé enseguida a la cocina y subí la cesta del botiquín, y le curé aquella herida del cuello que ya estaba supurando un pus blanco muy feo. Y aprovechando la ocasión, le eché el camisón por la espalda, y pude ver claramente la carnicería que tenía allí. Creo que los matarifes en los mataderos son más piadosos y caritativos, y no hacen semejantes despellejaduras a los cerdos, a los corderos y a los terneros. Le bajé con cuidado el camisón hasta la cintura, y coloqué la larga

melena rizada por delante del hombro, para poder curar aquel horror. De vez en cuando yo miraba de reojo hacia el espejo de la cómoda, para verle la cara a la señora, pero ella permanecía con la mirada humillada, con las manos en el regazo, y se dejaba curar sin decir nada. No quise preguntar en aquella ocasión quién le había hecho aquello, aunque durante varias noches seguidas soñé con el señor Villequeau, con el rostro encendido de furia, golpeando con una vara a la señora... A veces no era el señor Villequeau, sino el abate de Cambo.

El caso: que tuve que curar a la señora en tres ocasiones más, antes de averiguarlo todo por mí misma, y, por razón de discreción, sin decirle nada a nadie —salvo algún indicio a la señora Prie, porque me apremió mucho, y alguna sugerencia a Françoïsette, la criada de *mademoiselle* Bellay, y a Lucien, el cartero, el muy sinvergüenza, que yo creí que me cortejaba, y hacía lo mismo con todas las criadas de Biarritz [...].<sup>21</sup>

Una noche —y esto fue una enorme casualidad, como pocas se dan en la vida, porque jamás se me ocurriría a mí espiar a mi señora—, resultó que a la hora de las brujas sentí que me ardía la garganta, y que tenía como una quemazón incomodísima, y una sed espantosa. (A la mañana siguiente comprendí que la sed se debía a las sardinas en salazón que había cenado, pero dejemos las sardinas en su salazón y vayamos al caso). Y el caso es que me levanté como sonámbula, y

21. En este punto, la *digressio* de siete párrafos de la señora Martine T. sobre las conductas amorosas de los carteros parece irrelevante para el desarrollo de la acción, y se ha eliminado por completo. (*N. del ed.*).



cuando me disponía a pasar a la cocina, donde había agua en abundancia, de repente creí oír como lejanos lamentos procedentes del cielo. En realidad no llegaban desde tan arriba, sino desde el tercer piso, donde tenía la alcoba mi ama. Entonces, procurando no hacer ruido en aquellas escaleras que crujían como endemoniadas, llegué a la puerta del dormitorio de la señora Chloé Villequeau. Y oí primero como unos pequeños chasquidos, como cuando una se da en la mano para espantarse una mosca. Y se oían a cada poco, como si la mosca no se fuera nunca y la señora Chloé tuviera que espantarla a cada momento. (Yo sabía que la señora estaba sola, porque, como en sueños, creí ver una delgada línea amarilla por debajo del estudio del señor Vilko cuando pasé por el piso segundo, y eso significaba forzosamente que el señor se encontraba allí trabajando o leyendo). Al acercarme más a la puerta del dormitorio de la señora, pude oír con más claridad aquellos acompasados chasquidos. No era capaz de imaginar qué podía producir aquel ruido, así que me acerqué a la puerta y apliqué la oreja a la madera, con la ingenua idea de que aquello me pudiera proporcionar alguna pista. (En las novelas se dice que los criados espían a sus señores por el ojo de la cerradura, pero eso lo dicen los novelistas, que no saben ni cómo es el ojo de una cerradura, pues por ese minúsculo agujero es imposible ver nada; si lo sabré yo). Y le digo: yo no oía más que chasquidos. Pero al aplicar la oreja, pude intuir como leves quejidos, que poco a poco resultaban más claros y audibles. Como «Ah, ah, ah...», un «ah» después de cada chasquido. Después comencé a oír lamentos más claros, y so-

llozos, y unos hipidos que daban lástima. Yo sabía —aunque estaba medio dormida por sonambulismo— que la señora estaba sola, y no acertaba a comprender qué ocurría en el interior de la alcoba. De repente oí cómo mi señora dejaba escapar un «ah» espantoso, como cuando una se salta una uña por accidente o como cuando a una le duele una muela podrida. Y luego, sin más chasquidos, oí claramente como si desde el techo de la habitación cayera al suelo un costal de harina. Claro: no tardé ni medio instante en darme cuenta. Como los costales de harina no tienen la costumbre de caer del techo en las alcobas decentes, lo más natural era que aquel golpe sordo y amortiguado fuera el que había producido mi señora al derrumbarse en el suelo.

Aunque yo estaba medio adormilada, y en ese estado de sonambulismo que le decía antes, me apresuré a abrir la puerta, y allí me encontré con el jarrón de rosas.<sup>22</sup> Estaba mi señora tendida en el suelo, con el camisón por la cintura, y con la espalda al aire... ¡y tenía tales heridas sangrantes en la espalda que a punto estuve yo misma de caer rodando por el suelo, con lo que la desgracia habría sido doble! Busqué con la mirada, *atónita y estupefacta*,<sup>23</sup> a la persona que le pudiera

22. Naturalmente, como traductor, sé que la expresión «*découvrir le pot aux roses*» es descubrir el secreto, y soy consciente de que tal vez debería haberla traducido como «descubrir el pastel», pero me pareció que a la imagen de la criada descubriendo a su hermosa patrona tendida y ensangrentada en el suelo le convenía perfectamente la traducción literal del francés. En cualquier caso, si al lector no le gusta, puede borrarla y escribir encima la que más le convenga.

23. Con toda seguridad, la criada no pronunció la expresión «*abasourdi et stupéfait*», y debe entenderse como una licencia del escritor Georges Miet. Y lo mismo cabe imaginar de otras tantas expresiones inimaginables en boca de una criada poco instruida.

haber infligido semejante carnicería a mi ama, pero como era de esperar, a nadie vi porque nadie había. Al acercarme a mi señora Chloé descubrí al verdugo, que no era otro que un pequeño látigo de cuero con puntas de hierro, como los que utilizan los penitentes. Con aquel instrumento diabólico se había estado azotando mi señora. Recuerdo que en aquel momento pensé, como he pensado muchas veces después, que si era la mano de mi señora la que azotaba su espalda, era la voluntad de aquel abate sepulcral la que la gobernaba. Con un trapo de secar la vajilla que llevaba en el delantal —¡si estaría adormilada!— intenté calmar aquellas espantosas magulladuras, pero cuando presionaba aquellas carnes tumefactas, se abrían y salía la sangre como si fueran lágrimas. Al darme cuenta de lo sucio que estaba el trapo de secar los cacharros, lo aparté a un lado, y fui corriendo al tocador, donde había varios paños de los que se... bueno, eso a usted lo mismo le da, el caso es que cogí varios paños y fui cubriendo su espalda con cuidado, al tiempo que le decía: «Señora, por Dios, ¿pero qué ha hecho?», y cosas así supongo que le diría, porque no me acuerdo bien. Por el sonambulismo que tenía.

El caso: que arranqué con un fuerte tirón el *dessus-de-lit* y cubrí a mi señora, que permanecía tendida boca abajo en el suelo, sobre una alfombra, junto a la cama, y que cada vez parecía encogerse más por la debilidad y el dolor. Dejándola así, y rezando para que no se muriera mientras estaba ausente, bajé corriendo las escaleras y llamé al estudio del señor, pero entonces me di cuenta de que la estancia estaba a oscuras y que el señor no se encontraba allí. No me atreví a llamar a

su dormitorio, así que bajé corriendo a la cocina, donde estaba la cesta con las medicinas, y volví a subir corriendo. Casi sin aliento llegué a la habitación de la señora, y enseguida me dispuse a curar y a desinfectar aquella carnicería que mi enloquecida ama se había comido. Con mis quince años, hice todo lo que pude por aliviar sus dolores, aunque creo que perdió la conciencia varias veces mientras yo le hacía las curas. Cuando la hube vendado, le volví a subir el camisón y, como comprendí que me escuchaba y me comprendía, le pedí que hiciera el esfuerzo de subir a la cama y procurara descansar. También intenté que bebiera un poco de agua, pero no quiso. Sólo farfullaba palabras sueltas y sin sentido, que yo apenas comprendía, y decía «amor», «mi vida», «Cristo», «enamorado», «esposo mío», «Dios mío», y cosas así. Yo en aquel entonces no entendía qué relación podía guardar aquella carnicería de su espalda con el amor y con Jesucristo, y aunque luego he leído alguna cosa sobre los místicos y los ascetas y los ermitaños, tampoco estoy muy segura de comprenderlo ahora.

El caso: cuando quise incorporarla para ayudarla a subir a la cama, vi en su rostro una sonrisa y un pálido sosiego como no había visto nunca, una suerte de beatífico enamoramiento, más propio de una muchacha que acaba de ver al mismísimo Rodolfo Valentino entrar por su ventana que de una mujer al borde de la muerte. Todo aquello me parecía un completo desbarajuste, y aquella locura de sangre, látigos, oraciones, enamoramientos, Rodolfos, éxtasis, sonrisas, Valentinos, heridas y magulladuras me resultaba incomprensible; y no creo que ni los mismísimos doctores viene-

ses pudieran desenredar semejante madeja. La senté en el borde de la cama y, al cogerle las piernas para levantárselas, noté que tenía en el muslo como una especie de espinos que me arañaron la mano, pues las agujas penetraron el lino del camisón y asomaron amenazantes al exterior. Mientras la tumbaba de costado, para que pudiera aliviarse el sufrimiento, la oía suspirar y quejarse... aunque por momentos aquellas quejumbres me parecían... bueno, me parecían otra cosa. El caso: o me atrevía a levantarle el camisón y procuraba quitarle aquellos espinos de la pierna, o la dejaba allí, y me bajaba a mi alcoba con la confianza de que Dios se apiadaría de ella, dejándola vivir o llevándosela al Paraíso para siempre. Y, entiéndame usted, no es que yo desconfíe de Dios, pero me pareció más humano y caritativo intentar quitarle aquellos espinos a mi señora, y permitir que Dios se ocupara de otros asuntos más importantes, como insuflar seso y conocimiento a los generales para que no vuelvan a enzarzarse en otra horrible guerra como la del catorce. ¿Usted no fue a la guerra? ¿Por qué? ¿Porque está cojo? ¿Y con ese ojo derecho no ve nada?

Bueno, el caso es que con mucho cuidado le levanté el camisón a mi señora Chloé y vi aquello. Para mí, en aquel entonces, no era más que un alambre de espinos enrollado en el muslo de mi señora; luego supe que aquel instrumento infernal se llama cilicio y que algunas congregaciones religiosas lo utilizan como mortificación de la carne y... ¿Qué le parece? ¡Ésas eran las enseñanzas de aquel abate podrido de Cambo! Si quiere que le diga mi parecer sincero, yo creo que a Dios no le puede interesar que unos muslos her-

mosos, blancos y suaves como los que tenía mi señora se vean magullados de semejante forma. No veo yo qué interés puede tener Dios o Jesucristo, o cualquier santo, por decir un algo, en que una mujer se mortifique de semejante modo. La compasión venció al pudor y, a pesar de lo cerca que estaba aquella alambrada del sexo de mi señora, pude quitárselo, pues tenía una especie de hebillas en la parte exterior. Algunas espinas estaban muy hundidas en la carne, que enseguida empezó a sangrar, y otras casi rasgaban su sexo, y al verlo casi me encogí yo misma de dolor. Por el contrario, mi señora Chloé, al notar cómo la liberaba de aquella tortura, dejó escapar un gemido de placer que me desconcertó enormemente. Por fortuna, aquellas heridas me obligaban a pensar poco y a actuar con presteza, y no dediqué mucho tiempo a meditar por qué mi señora parecía gozar con aquello que a mí me resultaba espantoso y dolorosísimo. Toda la noche estuve curando a mi señora... aunque eso no me eximió de cumplir con todas mis pesadas tareas al día siguiente.

La señora Chloé Villequeau nunca mencionó aquello. Ni me agradeció ni me reprochó lo que hice, y en eso veo cuál es el abismo que separa a los criados de los señores. Pero como a mí no me gusta hablar mal de nadie y sé muy bien cuál es mi lugar en este mundo, no anduve con murmuraciones a nadie, salvo a la señora Prie, porque siempre me obligaba a contarle todo, a Françoisette, porque era mi amiga del alma, y al cartero, que... ¿Cree usted que todos los carteros son infieles? Yo tengo dos sobrinas, que ahora tienen seis y siete años, y siempre les digo que tengan cuida-



do con los carteros y que, si pueden, ni se enamoren ni se casen con un cartero [...].<sup>24</sup>

El caso: transcurrieron varios meses, y yo seguí curando casi diariamente las heridas de mi señora con toda la dedicación de una Florence Nightingale. Debo decirle, señor Miet, que las heridas cada vez eran más feas, que la señora cada vez estaba más desmejorada y que cada vez me parecía más cercana una resolución trágica de aquel misterio. El abate de Cambo, con su pestilencia de panteón, seguía viniendo a casa. En ocasiones se presentaba dos veces por semana, y hasta tres, y luego había que ventilar toda la casa, por culpa del hedor a muerto que dejaba aquel hombre en todas las estancias por las que asomaba. La señora Prie decía que si sería el sepulturero de Cambo. Pero entonces ya prestaba yo más atención a lo que le decía a mi señora, y cuando les subía el té o el café o el chocolate, descubría al abate sepulturero diciéndole a mi señora cuáles eran los beneficios de «la mortificación de la carne»; y en ocasiones le leía esos párrafos de los evangelios donde dicen cómo Herodes castigó a Nuestro Señor Jesucristo, y la convencía para que se flagelara del mismo modo, «por razón de la *imitatio*». ¿Qué significaba eso? Yo no lo sé, pero la razón de la *imitatio* me pareció a mí muy mala razón, porque mi señora se estaba matando y desangrando, y no veía yo en qué podía complacer eso al Señor.

Y lo que más me atormentaba —y esto sí que me lo guardaba para mí— era ese extraño placer que pa-

24. Nuevas aportaciones sobre las relaciones de la señora Martine T. con el cartero. Se han suprimido por irrelevantes e impertinentes en el caso. (N. del ed.).

recía gozar mi señora Chloé con su martirio. A veces, cuando la estaba curando, o cuando le quitaba el cilicio del muslo, y se lo curaba con toda la suavidad de que era capaz, mi señora volvía los ojos, y los dejaba en blanco, y exhalaba como un profundo suspiro de placer que yo sólo he...

Bueno, el caso, que es lo que usted quiere saber, señor Miet: resulta que un día estaba mi señora sufriendo o gozando en su alcoba —yo ya era incapaz de distinguir si se quejaba o gemía de placer, pues últimamente sus vagidos se oían por toda la casa—, y yo me disponía a bajar a la cocina a buscar la cesta de las curas, cuando el señor Vilko entró apresuradamente en la casa y pasó a su estudio como alma que llevara el diablo. Al cruzarme con él en la escalera, me dijo: «Una tragedia, Martine, una tragedia». Como huyó despavorido de nuevo hacia la calle, no pude saber a qué se refería.

Al poco llamó a la puerta Françoïsette, la criada de la señorita Bellay, que venía de comprar en Les Halles, y, con las mejillas enrojecidas y los ojos llorosos, me dijo: «¡Ay, qué tragedia, Martine, qué tragedia...!». La hice pasar al saloncito de la cocina, con la cesta de curas en la mano, olvidando por un momento a mi señora —pues parecía que en aquel momento estaba disfrutando enormemente de sus sufrimientos—, y bajé con ella hasta los fogones, importunándola y tirándole de la manga para que me dijera a qué tragedia se refería.

«Aitzane —me dijo al fin—. Aitzane Palefroi, la aprendiz de la librería Operclaritz..., se ha tirado al mar. La han encontrado muerta en el puerto. Colga-

dita de un pie en una argolla, y con la cara comida por los peces. Pobrecita...».

Se me cayó la cesta de las manos y no me dio el corazón para recoger el desastre.

Porque Aitzane tenía nuestra misma edad, o poco más. Y mi imaginación no tardó ni medio instante en hacer figura de mi persona en aquel estado, desnuda y avergonzada, colgada de una argolla, en el puerto de pescadores. Alguna vez Françoisette, Aitzane y yo habíamos coincidido comprando pescado en el mercado, en el despacho de Maurice —«*le bel Maurice*», lo llamábamos en nuestra ingenuidad juvenil—. A Françoisette y a mí Aitzane siempre nos causaba admiración, porque muchas veces la veíamos llevar libros a los hoteles y a las villas, y andaba con tanta desenvoltura por Biarritz que cualquiera diría que incluso sabía lo que decían aquellos libros. Aitzane nos parecía una niña muy guapa, eso hay que decirlo, y más adelantada de cuerpo que las demás de su edad. Y supongo que también era muy lista, y por eso la dueña de la librería Operclaritz la había contratado como aprendiz, para llevar los pedidos y atender en el mostrador.

Aquel espantoso suceso lo trastocó todo, en el pueblo y en la casa, que entró en completo desbarajuste desde ese mismo día, porque el señor Vilko se iba a encargar de investigar el caso para un periódico muy importante de Burdeos, y la señora tendría toda la casa a su disposición para sus placeres mortificantes y para recibir al abate don Ataúd.

Cuando Françoisette se fue, se me encogió el alma pensando en la pobre Aitzane, y mientras la señora

Prie andaba de un lado a otro con los lenguados, los puerros y los repollos, sólo se me ocurrió preguntarme cuánto tardarían los muertos en llegar al Cielo. Me arrodillé para recoger las vendas, y el Dakin, y el agua de Javel, el fenol y todas las medicinas de la cesta de las curas, y entonces oímos a la señora Chloé en el último piso: «Ay..., ay, ay, Dios mío, ah..., ah..., oh..., ¡Ay, Dios mío...! ¡Aaaaah!».